

Versaciones de un chupaplumas

Eso era impensable

[1]



pero no — a nadie se le vaya a ocurrir imaginar semejante disparate — porque mi tía fuera ni muchísimo menos el prototipo de mujer inconfundible sino porque mi tío, su marido, un individuo corpulento y con unos bigotes imponentes cuyo aspecto desmentía con creces la condición de desdichado cónyuge apocadillo y sin arrestos (además de con escasos posibles) que su destino cruel le había asignado y que no debe olvidarse era un bendito y la



adoraba era, sin embargo, un tipo tan enormemente distraído y hasta tan extremos tan insospechados que, y aun pese a quererla como a las niñas de sus ojos, se pasaba la vida equivocándose de esposa cuando la acompañaba a comprarse guantes o sombreros y salía del vestidor de los grandes almacenes (en que él indefectiblemente se perdía) alguna otra señora que él, en su despiste, en absoluto ni remotamente reconocía como costilla propia e inherente a su constitución ni a su para nada noble — aunque tampoco, entendámonos, del todo deplorable ni merecedor de ser tildado de atrabiliario o algo casi peor (si es que cabía) — linaje; pero mi amigo me recomendó reservar esta historia para otro momento cuando, si en alguna ocasión se me quedaba **la mente en blanco** o las musas (que por lo visto son terriblemente caprichosas, dice él, y tiene mucha experiencia) me abandonaban, ahí estarían, el tío y la tía aguardando y encantados de que el mundo entero conociese su enternecedor romance; pero que por favor, me rogó, no ahora y “cuando además tienes pendiente” — encareció — el asunto del papel para envolver (no “bacalao”, y que a ver si iba a confundirme; no “bacalao” sino “regalo”) y dejar, zanjado de una vez por todas, el asunto del pingüino del señor Ramírez padre.